



Ciencia y Sociedad

ISSN: 0378-7680

dpc@mail.intec.edu.do

Instituto Tecnológico de Santo Domingo
República Dominicana

Calderón, Fernando
Naciones en movimiento. Entrevista a Wilfredo Lozano
Ciencia y Sociedad, vol. XXV, núm. 2, abril-junio, 2000, pp. 259-277
Instituto Tecnológico de Santo Domingo
Santo Domingo, República Dominicana

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=87011269003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

NOTAS Y EVENTOS

CIENCIA Y SOCIEDAD
Volumen XXV, Número 2
Abril - Junio 2000

NACIONES EN MOVIMIENTO

Entrevista a Wilfredo Lozano

por Fernando Calderón

La presente entrevista la realizamos al sociólogo Wilfredo Lozano en San José, Costa Rica. Su tema central es la trayectoria intelectual de Wilfredo, destacando sus vinculaciones y afinidades intelectuales, su visión de América Latina y el Caribe, de sus grandes problemas y perfil cultural en un mundo paradójicamente envuelto en las tensiones que provocan los procesos y tendencias globalizadoras, atravesadas por la explosión de corrientes y fuerzas culturales y políticas que acentúan los particularismos y la presencia de la cultura latinoamericana en la pluralidad de sus escenarios nacionales. Sobre todo se detiene en el campesinado y en el porvenir de los pueblos caribeños en ese mundo en cambio, destacando el lugar que en la construcción de su futuro juega y jugarán las migraciones internacionales.

[Fernando Calderón]

—Wilfredo, tu has trabajado diversos temas y problemáticas caribeñas, tales como las migraciones, relaciones laborales, los problemas del desarrollo, el cambio político y las relaciones internacionales. Tus vinculaciones con autores como Alejandro Portes, Bryan Roberts, Orlandina de Oliveira, te colocan como un académico de un perfil regional. Por otro lado, tu trayectoria política te ha llevado desde la militancia de izquierda, tu colaboración con Pena Gómez y relaciones con Milagros Ortiz Bosch y el PRD, hasta ocupar hoy una posición académica de alcance latinoamericana-

no como Secretario General de FLACSO. Todo esto señala un perfil biográfico interesante como académico y hombre público. Entiendo que entre tus trabajos y preocupaciones iniciales figura el tema campesino. Podrías decirme, para comenzar, ¿cómo aprecias hoy el lugar que ocupa el campesinado en la América Latina a la puerta de un nuevo siglo y próximo milenio?

[Wilfredo Lozano]

Ocorre con los campesinos lo que acontece con los países atrasados o subdesarrollados: casi siempre su destino se decide fuera, por lo general fuerzas ajenas a su entorno son las que presionan para precipitar los grandes cambios que finalmente los campesinos motorizan. Esta es una vieja idea que atraviesa los estudios clásicos, desde Barrington Moore a Manuel Castells. Pues bien, partiendo de este escenario es entendible que de alguna manera cualquier latinoamericanista que se respete, en algún momento de su vida intelectual, ha tenido que toparse con el mundo campesino, pero también, si aborda en serio el asunto campesino y agrario, se ha visto forzado finalmente a salir de la agricultura e ir a las ciudades para comprender precisamente la tragedia campesina. De alguna forma yo soy un ejemplo de esos dilemas. Si de alguna forma el drama campesino es el drama de la América Latina, comprender al campesinado es comprender América Latina más allá de su contexto agrario. Pero también comprender ese contexto agrario, obliga a una reflexión sobre la América Latina toda. En esa línea de reflexión diría que hay al menos dos cuestiones que debemos atender. En primer lugar la acelerada urbanización que ha caracterizado nuestro continente desde los años de entre guerra. Naturalmente, este fenómeno es parte de un proceso mundial, pero en América Latina dicho proceso ha sido particularmente más acentuado. En los 60's asistimos a una América Latina campesina, treinta años después, en los 90's asistimos a un escenario latinoamericano básicamente urbano. Esa gran transformación no sólo modificó el escenario

rural y cambió la dinámica de los mercados laborales, sino que modificó, a su vez, los espacios culturales urbanos y transformó radicalmente la práctica de la política. Todavía hoy creo que no hemos asumido en su justa dimensión las implicaciones de esta revolución social. Lo que ahora me interesa destacarte es que pese a esta transformación el campesinado mantiene presencia e importancia política. Naturalmente, no es la misma que hace cuarenta años, y las situaciones varían de acuerdo a cada espacio nacional. Pero el campesinado continúa ahí. Obviamente, en la perspectiva del conjunto de países subdesarrollados, en África la presencia del campesinado es masiva, importante en el Sudeste de Asia, en China y en la India. En esas regiones los campesinos continúan ejerciendo una fuerte presencia en la vida política. En América Latina la escena política se decide esencialmente en las ciudades, pero aún así, pese a la gran transformación que apunté, en nuestra región los campesinos mantienen su peso específico. Pensemos en los sin tierra de Brasil, los campesinos de Chiapas y el sur pobre de México, los campesinos y comunidades indígenas andinos y guatemaltecos, que hoy por hoy son actores importantes del proceso de globalización que vive el continente. Definitivamente, los campesinos son más importantes que lo que nuestros lentes urbanos desean demostrar o creerse.

—Me parece que estás tocando un tema importante. Pero no entiendo qué es lo que estás diciendo. ¿Estás diciendo que el campesino pese a que no es la fuerza que acompañan a la modernización, sobrevive a esta última?

La dirección de mi argumento es la siguiente: por un lado, asistimos a un acelerado proceso de modernización, uno de cuyos rasgos claves es la creciente urbanización. Esto conduce —tema clásico en la literatura sobre el desarrollo— a una sistemática pérdida de poder del mundo rural en relación al urbano. Pero ello no implica que la modernidad condena al silen-

cio a los trabajadores del agro, específicamente a los campesinos. ¿Hasta qué punto la modernidad puede pensar al campesinado como una fuerza actuante dentro de la lógica que le es propia, esto es, dentro de la lógica de secularización, mercantilización y cambio democrático que le ha acompañado? (Como observarás al afirmar esto último tengo de referente a Habermas). En otras palabras, ¿hasta qué punto la modernidad puede pensar al campesinado como un elemento que la constituya, como un actor participante de su construcción y no como su negador? Tanto las ideas originales de Marx, la Segunda y Tercera Internacional, como la propia teoría de la modernización (recuerda el continuun folk-urbano de Foster o las tesis de Parsons respecto a la tensión entre particularismo y universalismo en sus famosas variables patrón), asumían al campesinado como el remedo del ayer que la modernidad superaría. Su sucesor o sustituto era más difuso, pero igualmente se señalaba. En el marxismo, era la clase obrera el espacio de reconstitución del campesinado, visto ahora con su nuevo ropaje urbano, la teoría de la modernización pregonaba los valores universales (el mercado, la fábrica, la tecnología industrial) como aquellos que los campesinos debían asumir para hacerse precisamente modernos. Hoy, a casi un siglo de un revolucionario proceso de urbanización y de penetración de la modernidad en las estructuras socio culturales y políticas de nuestro continente, venimos a reconocer que pese a la pérdida de terreno de ese campesinado en el espacio político y social, de alguna manera mantiene una presencia. Si es así, ese prolongado lapso histórico permite reconocer, aún cuando pensemos al campesinado como un grupo no esencial para el porvenir de la modernidad, que al menos en nuestro continente sí lo es para asumir el perfil propio del continente en un mundo global, heterogéneo y profundamente desigual e injusto. De esta forma el campesinado no representa un impasse de la modernidad en su proceso de afirmación en nuestra América. Nuestra historia reciente nos obliga a reconocerlo no como una clase destinada a su desaparición casi por orden natural del proceso evolutivo de la historia, o a su per-

manencia, como lo planteó el debate interminable entre campesinistas y descampesinistas. El campesinado, más allá de esta aporía (real o construida) debe ser pensado en su presencia actuante para poder reconocer las posibilidades de la modernidad latinoamericana; de lo contrario, estaríamos manteniendo la vieja lectura eurocentrista que pretende leer en su rasero histórico, el espejo de nuestro propio porvenir.

—Aquí hay una pregunta de cajón, si yo veo a Chiapas como una lógica campesina, respecto al Tratado de Libre Comercio, ¿cómo lo interpretas?

De alguna manera pudiéramos ver Chiapas como una toma de posición política, precisamente de ese campesinado, ante un mundo que le excluye. Esa es una lectura legítima, pero incompleta, puesto que también esa, la historia de los campesinos chiapanecos, es también la historia de México.

—Con esto me estás diciendo que es viable imaginarse una voz campesina en contextos más fuertes de modernización.

Yo pienso que de alguna forma en Chiapas hasta los métodos políticos revelan cierta capacidad de minorías étnicas, de grupos campesinos, para asumir valores modernos, hasta modernistas, en el sentido dado por Marshall Bergman a este término. Pero lo más importante es que, independientemente de su destino final, en Chiapas asistimos al despliegue de un movimiento social inserto en la dinámica misma de la modernidad en su cara excluida, lo que podría estar indicando una de las modalidades de expresión histórica de los oprimidos de la tierra en el siglo XXI.

—Probablemente la consecuencia más significativa de los sucesos de transformación campesina son los migrantes. Esa es el tema central en América Latina, es

el tema central en el Caribe, en República Dominicana, en Bolivia, en toda Centroamérica. Tú haz estudiado temas de migraciones caribeñas asociadas con procesos de transformación más amplios, junto a autores como Alejandro Portes. ¿Cómo entiendes hoy en día el funcionamiento de la identidad cultural de los migrantes en este mundo transnacionalizado, particularmente los dominicanos, sea en New York, sea en Puerto Rico?

En materia de migrantes yo establecería una diferencia (clásica) entre migraciones internas e internacionales. La diferencia es importante, puesto que las primeras se verifican en un espacio nacional, que implica el dominio homogéneo de un estado sobre sus ciudadanos, mientras las segundas como mínimo se desplazan entre dos estados naciones, lo que trae consigo un desplazamiento de las esferas de control estatal sobre los ciudadanos: en este caso, en su polo de expulsión los migrantes son realmente ciudadanos, en su polo de recepción o no lo son (los ilegales), o si lo son, tienen problemas para alcanzar la ciudadanía.

De esta forma, mientras las migraciones internas se las asume por lo general por sus consecuencias socioeconómicas en el plano laboral, de demanda de servicios en las ciudades, etc., las migraciones internacionales por definición remiten a las variables políticas. En el fondo, tanto las unas como las otras se mueven en ambos niveles, el socioeconómico y el político.

Esto es tan claro que si nos colocamos en una perspectiva más allá de la lógica propiamente socioeconómica o demográfica que explica los movimientos poblacionales de campesinos de áreas rurales a áreas urbanas. Es fácil reconocer cómo los migrantes han transformado no sólo el uso del espacio urbano, la dotación de servicios en las ciudades y los mercados de trabajo, sino también la propia cultura urbana y sobre todo la vida política.

De alguna forma la migración no es sólo una respuesta a la carencia económica del mundo rural por parte del campesinado, también representa una respuesta política del campesinado, de los grupos rurales, a las instituciones políticas que dirigen y controlan el proceso y los frutos de la modernización y el desarrollo.

A diferencia de Inglaterra, de Europa en general y de los Estados Unidos, en América Latina la industrialización no fue precedida por la modernización del campo, de modo que el campesinado no tuvo más alternativa para su inserción en el proceso modernizador que abrirse paso en las ciudades, como marginales, trabajadores eventuales e informales. No fueron integrados como obreros industriales al aparato capitalista en expansión, sino excluidos del mismo como sujetos económicos informales. De modo que su vinculación al desarrollo se hizo de modo marginal, generando no sólo una gran desigualdad sino exclusión social masiva.

Hay un libro clásico de Bryan Roberts, *Ciudades de Campesinos*, cuyo título lo dice todo. No podemos comprender la ciudad latinoamericana sin ese peso socio-cultural campesino. Pero esto, a su vez, tiene un correlato político, de ahí gran parte del éxito de los movimientos nacionales populares, el populismo como esquema de movilización política, etc. pero el punto a donde voy es que más allá de cualquier otra consideración, pienso que ahí hay una formidable respuesta política del campesinado, frente a la excluyente modernización latinoamericana de los años 30's a nuestros días. Es una hipótesis quizá demasiado generalizadora, pero es un punto que a mi manera de ver es fundamental para entender gran parte el sentido político incluso de movimientos sociales aparentemente territoriales, por ejemplo el barrio, de movimientos sociales de limitaciones muy sectoriales, etc.

El segundo aspecto tienen que ver con la migración internacional. No podemos ver la migración como una situación, sino como un proceso. En consecuencia, dicho proceso establece

momentos diferenciales que deben ser observados en su especificidad en cada caso, de forma que los momentos antecedentes influyen sobre los subsiguientes, pero no los determinan de manera mecánica ni unilateralmente. Por ejemplo, en el caso dominicano, es en los años 60's cuando comienza la gran migración a Estados Unidos. Esta migración se hace masiva a partir de un acontecimiento no económico, sino político: la intervención norteamericana en Santo Domingo durante la Revolución Constitucionalista de 1965. La respuesta norteamericana a la explosividad de esta crisis pasó por la apertura de la válvula de escape de la emigración, sobre todo a ciertos bolsones de campesinos blancos, que por lo menos desde el punto de vista étnico eran más fácilmente movilizables hacia U.S.A., pero también desde el punto de vista económico tenían mayor capacidad para financiar la emigración. Estos eran campesinos medios, incluso campesinos ricos. El primer momento de la migración dominicana, pues, lo determinó la necesidad del control político, centrado en el juego geopolítico regional. Por otro lado, esta migración al movilizar a grupos de campesinos con una cierta estabilidad de ingresos, o por lo menos con mayor capacidad de financiamiento de la emigración focalizaba las fuentes regionales de la emigración no sólo en regiones campesinas potencialmente más ricas, o con mayor capacidad para financiar esta aventura, sino también óptimas para su adaptación racial en el contexto norteamericano. En un segundo momento, en la medida en que los campesinos dominicanos emigraban masivamente a las ciudades, a partir de los años 70's este cambio en el patrón migratorio interno gravitó a su vez en la migración internacional, pues desde finales de esta década la migración a los EE UU ya no sería de campesinos en su mayoría. Fueron los pobladores urbanos y las clases medias quienes la integraron. De esta forma, los años 70's en adelante socializaron en la vida urbana a los potenciales emigrantes campesinos a los EEUU, pero al mismo tiempo la emigración misma como sistema de relaciones sociales en proceso de constitución a su vez influyó sobre la vida urbana, primero, y luego sobre el

mundo campesino mismo, urbanizando con sus valores la vida rural. La vida del país en su conjunto comenzó a cambiar, acercándose a los patrones norteamericanos de las ciudades del Este de los EE UU.

—Pero ahí yo quisiera más bien hacer un pequeño paréntesis teórico acerca del significado político de los procesos descritos. Quiero puntualizar algo que es muy importante. La migración del haitiano hacia República Dominicana, las migraciones desde Puerto Rico hacia U.S.A. especialmente a New York. La migraciones internas en Centroamérica, las migraciones de Nicaragua a Costa Rica, de Guatemala, El Salvador a U.S.A. vía México y desde luego la migración mexicana a U.S.A.. Todo esto me coloca ante un tema político central a Centroamérica y el Caribe, es el tema de la migración, lo que se plantea aquí es el tema de la identidad de los migrantes como ciudadanos y como sujetos culturales. ¿Cómo tú pensarías ese tema que es un tema estratégico para nosotros?

Destacaría inicialmente dos cosas. La primera, que la migración como proceso en el curso de los últimos treinta años fue constituyendo un sistema (migratorio) que finalmente terminó auto reproduciéndose. A partir de esa capacidad auto reproductiva de la migración internacional, una vez se constituye como sistema, ya hay una lógica específica de la migración, que tiene un impacto político específico, tanto en la sociedad de origen, como en la sociedad de recepción. Desde esta perspectiva, en el caso dominicano, para ponerlo de ejemplo, se constituye en torno a éste sistema migratorio una comunidad transnacional que impacta tanto económica, cultural como políticamente, en las sociedades de origen, en tanto y en cuanto ya para esa fecha (los años ochenta) hay migrantes con años de residencia, con capacidad de articulación de sólidas redes sociales en los EE.UU. y con poder

local y político en ciudades como New York, Miami, Boston. También esta fuerza auto reproductiva de la migración, unida a la fuerza de las comunidad transnacionales, dota a los migrantes de poder político en la sociedad emisora. En el caso dominicano ese poder tiene muchas expresiones, tanto locales como nacionales. Por lo pronto, define un importante poder político local. La inmigración de un millón de dominicanos ha generado una gran capacidad de los inmigrantes para ejercer influencia en la vida local de sus comunidades de origen. En República Dominicana hay municipios que construyen gran parte de sus obras de infraestructura por la vía de la comunidad transnacional, de la ayuda de sus miembros emigrados. Estas obras no las financia el ayuntamiento, no las financia el municipio, ni siquiera el gobierno central, las financian sus naturales emigrados. Esto es un asunto importante, puesto que a partir de ahí la lógica política local repercute sobre la política nacional. Otro caso es el financiamiento de las campañas políticas, puesto que los migrantes dominicanos en ciudades como Boston y New York financian a los partidos políticos dominicanos gran parte de sus capacidades propagandísticas al movilizar cientos de miles de dólares.

—Eso me lleva a un tema muy importante, desde el punto de vista de la política, en el sentido de lo nacional como territorio, y de la política nacional. A su vez, esto conduce a una consideración teórica que quisiera tu reflexión, respecto a este tema hay varios autores que están trabajando en eso. El tema de la migración en el modelo africano, respecto a Francia, eso significa una reproducción de las economías domésticas de origen y por lo tanto, el tema para las sociedades en vías de desarrollo como las caribeñas, es que la migración tiene que ver con la reproducción social de las comunidades de origen. También puede hacerse una interpretación tipo Meillassoux en la cual lo que en realidad se constituye como sustantivo es una

reproducción cultural deshistorizada, pero que trasciende cualquier espacio nacional. En tercer lugar, hay una interpretación más que un modelo, que sostiene que en realidad lo que pasa es que también tenemos orígenes compartidos de condicionamiento cultural y ello obedece a gentes que no tienen territorio nacional y cultural, pero tienen un espacio en la multiplicidad de identidades postmodernas.

Esta es una cuestión sumamente compleja. Una primera distinción surge a la vista, la emigración africana a la Francia de los años ochenta y a la España contemporánea es distinta de la caribeña a los EE.UU. En primer lugar, hoy día quienes migran en el Caribe son personas socializadas en la vida urbana, aunque su pasado rural sea reciente, quienes lo hacen desde Africa a Europa son propiamente campesinos. Esto tiene que ver con las modalidades migratorias en cada caso, la dinámica de los sistemas migratorios, pero sobre todo con la naturaleza socio-económica del origen: Africa continúa siendo un continente eminentemente campesino. En el caso de África, la aldea africana juega un papel decisivo en la articulación societal del sistema migratorio, cosa que no ocurre en la América Latina. En esta última, es el poblador rural, o semi urbano, el que juega este papel. Pero lo decisivo es que este poblador está dominado a diferencia de Africa en su “lógica” reproductiva por la vida urbana. Por otro lado, las migraciones caribeñas se orientan hacia ciudades punta en la articulación de la economía mundial, como es el caso de New York. Pero en ambos casos, el africano y el caribeño, es claro que estas migraciones se articulan a la reconstitución de la economía mundial, y el lugar que está pasando a desempeñar el mundo subdesarrollado en ese escenario global, sobre todo en las áreas cercanas y periféricas a las regiones (no a los países) más desarrolladas: la Cataluña, el hinterland parisino, el centro alemán, la costa este de los EE.UU., pongamos por caso.

Pero bueno, permítame redondear la idea del entorno familiar y las migraciones. En el caso caribeño, la decisión de migrar se articula en un espacio familiar nuclear. Evidentemente, en esa decisión pueden intervenir e intervienen factores propios de la economía y situación económica nacional, eso no se discute, más bien es una premisa de mi análisis. Ahora bien, en esa decisión pueden influir elementos de la familia extensa aún cuando la decisión misma se produzca en el seno de la familia nuclear. Sin embargo, en la medida en que se articula un sistema migratorio y que funciona autorregulado, cada vez más interviene en su sostenimiento elementos ajenos al núcleo familiar inicial y, en consecuencia, adquiere cada vez más poder la familia extensa. De ahí que para poder sobrevivir la familia nuclear como un agente activo de un sistema migratorio internacional, necesita de apoyos que no se encuentran únicamente en su núcleo familiar primario. Por ejemplo, si una familia dominicana decide enviar un miembro a U.S.A. y le financia el viaje, para sostenerlo en ese país, necesita un apoyo que no sea simplemente el que puede brindar el padre o la madre que se queda en la sociedad de origen, se necesita por lo menos un primo o pariente cercano en el ámbito receptor. En la medida que el sistema migratorio envejece, en que ya no simplemente supone inversiones, sino beneficios, los migrantes pasan a tener capacidad financiera mínima para enviar dinero a su país de origen destinado al ahorro, a la compra de un inmueble, etc., no ya sólo a apoyar económicamente a sus familiares en las tareas económicas primarias. Para que esto se produzca, en el país de origen tiene que haber gente de confianza que puedan administrar esos bienes, y esto lo aporta la familia extensa, los abuelos, el tío viejo, el primo mayor, etc., En consecuencia, ese momento articulador nuclear, familiar, tiene que ampliarse inevitablemente para poder sostener el sistema.

—La verdad es que encuentro esa hipótesis muy interesante, pero no quisiera detenerme tanto en estos

procesos que nos has explicado ya en tus libros. Esto levanta un problema teórico central. Normalmente las teorías más comunes, marxistas, modernizantes, o incluso weberianas, suponen un elemento de la nacionalidad cuya figura cultural significa en este caso el paso de la familia extendida a la familia nuclear. Tú estás diciendo que la familia nuclear para expandirse en la migración gracias a estos fenómenos históricos, necesita reconstituir una familia extendida. Haciendo una extrapolación de todo eso, lo que estás diciendo en definitiva es que la urbanización y transnacionalización, en ese contexto, para afirmar la modernidad necesita apoyarse en valores de la sociedad tradicional.

Te soy franco, yo no había razonado el problema de esa manera, la verdad es que no lo había razonado de ese modo y tendré que pensarlo con más calma, pero lo que sí puedo decirte es que asumir mecánicamente la idea del paso de lo tradicional a lo moderno como una regla universal de la historia, en lo que acontece con las instituciones sociales básicas que motorizan el cambio social, no sólo es reduccionista sino que de nuevo nos conduce al eurocentrismo de la teoría social decimonónica. No puede suponerse que un esquema civilizatorio esté forzado a reproducir las pautas del origen en cada contexto sociohistórico en el que se reproduzca. De lo contrario, no comprenderíamos la permanencia de la familia tradicional japonesa envuelta en una profunda transformación de la sociedad y la economía de ese país, la permanencia del sistema de castas hindú en la democracia más grande del planeta, los ejemplos sobran.

Veamos el asunto desde otro ángulo. Gran parte de la cultura popular dominicana y caribeña de hoy día se ha constituido fuera del espacio de las islas del Caribe, en New York, Miami, Boston. Reconocer esto no quiere decir que entendamos que por ello se

elimina lo que la teoría de la modernización llamaría valores tradicionales, o lo que el marxismo llamaría valores sociales precapitalistas. Por el contrario, muchas veces esa capacidad de articulación de un espacio societal transnacionalizado fortalece valoraciones en lógicas de relaciones sociales que en principio debiéramos, en términos teóricos, adjudicar a una lógica pre moderna o en una lógica distinta a las pautas culturales que se le atribuyen a la modernidad (pienso el Bell) o a la post modernidad, precisamente como condición misma de articulación de esa red.

—O sea, lo que tú me estás diciendo es que la pre-modernidad tiene un gran futuro en la post-modernidad.

No, lo que yo quiero decir es que la modernidad tiene una gran capacidad de asimilación de valores que en una cierta teorización tradicional se concebiría como antagónicos de la modernidad.

—A ver, dejemos eso ahí y coloquémonos nuevamente en el campo político. A mí me gusta más decir que lo pre-moderno tiene un gran destino en lo post-moderno. Veamos esto en código político. A mí me da la impresión de que esta discusión coloca como tema central de la política en el caribe la transnacionalidad y las migraciones. Entiendo que has publicado un libro sobre cambio político en el caribe, donde se ataca el tema de la migración, la cultura y la internacionalización de la política en países como Haití, Cuba y República Dominicana. ¿Cuál sería, entonces, a tu juicio, la importancia política del tema de la migración y la cultura en cada uno de éstos

países, y cómo afectan el proceso de evolución democrático?

Podemos atacar el problema por diversas rutas. La primera es que la migración simple y llana tiene un significativo peso demográfico en el Caribe: aproximadamente el 10% de la población caribeña reside en ciudades como New York y Miami. A partir de este simple dato la migración caribeña y las comunidades transnacionales que articula definen un importante problema geopolítico en el marco de la post guerra fría. De repente, pues, pero con una larga gestación histórica, la migración, que era un tema subsidiario en la guerra fría, pasa a ser un tema estratégico de la post-guerra fría. La migración pasa así de ser simplemente un problema socioeconómico, poblacional, a ser un verdadero problema político en el ámbito regional, es decir, geopolítico. Pero también hay otro punto, la migración pasa a tener prioridad en la agenda de seguridad norteamericana, ya que a partir de lo dicho la población caribeña se constituye en una población que en los EE.UU. tiene cada vez más capacidad de presión en las políticas locales. Hoy día un dominicano es concejal de New York, mañana los habrá entre los migrantes de origen jamaicano, haitiano, etc. En ciudades como Los Angeles la influencia mexicana es determinante en la vida política local. Todo esto obliga a la sociedad norteamericana a tomar en serio los problemas de la inmigración.

Esta situación, leída por el lado de la geopolítica, tiene al menos dos caras: la ya señalada respecto a sus implicaciones políticas internas para el país receptor, los EE.UU., y las económicas y sociales para el país emisor, y desde este punto de vista la emigración se ha convertido en uno de los ejes claves del actual modelo de inserción económica de esta región en el sistema mundial. En segundo lugar, las redes económicas articuladas por los migrantes dominicanos (pongamos por caso) en U.S.A. tiene una repercusión en su país de origen en niveles económicos como

los inmuebles y las microempresas. Hay, pues, un poder local de la inmigración a nivel de la sociedad de origen, hay un poder financiero y hay un poder societal en términos de imágenes colectivas. En los medio de comunicación los EE UU aparecen como la Meca que es la fuente del éxito y eso tiene un reto político. De manera que la inmigración se convierte, para el Caribe por lo menos, en un elemento no solo de la cotidianeidad, sino en un elemento decisivo para el funcionamiento de su dinámica y lógica política.

—Me parece que hemos colocado temas que quieren zafarse más del plano de los hechos que del plano de la teoría y en este sentido te quiero preguntar ¿qué autor, o qué autores te parecen más relevantes para entender ese tipo de fenómenos?

Todo esto se ha trabajado más en los EE UU que en el Caribe. Portes ha teorizado estos procesos, autoras como Grasmuck y Peasar, Guarnizo y Itshinzon, han hecho importantes contribuciones empíricas, en fin hay toda una amplia literatura sobre estos temas. Pero lo fundamental es preguntarse en torno a un asunto que dejé un poco inconcluso en una de mis respuestas a tus preguntas y esto tiene que ver con la construcción de ciudadanía en nuestras sociedades transnacionalizadas. A partir del momento en que hablamos de una sociedad que ya no se agota en un solo estado o esfera nacional - estatal, la ciudadanía tiene que ser repensada a propósito de la articulación de varios estados. No tenemos reflexiones sistemáticas al respecto, pero es un asunto crucial. Si un dominicano o un haitiano común tiene un hijo en New York, él vive en Miami y su madre vive en Puerto Príncipe, ¿cómo definimos a ese ciudadano?

—Me parece que esto va a concluir en un tema muy interesante. Es curioso que un dominicano, medio

enamorado de los mexicanos, que vive en Costa Rica y que le fascina Buenos Aires, casado con una dominicana medio japonesa, vaya a decir que el descuido de la ciudadanía es solamente un descuido universal. Es un tema en cambio político distinto al que creyeron los ámbitos de la liberación nacional.

No, Fernando. En modo alguno. Yo razonaría el problema de esta manera: nuestras sociedades se están reconstituyendo a la luz de los procesos de globalización, pero también de la acelerada modernización de sus estructuras internas. No creo que hayamos apreciado todavía el alcance de estos procesos. Yo creo que se han verificado procesos de reconstitución societal y económica de una profundidad que quizás todavía no evaluamos con precisión y claridad. De ahí en gran medida la ambigüedad de las respuestas políticas que brindan nuestros dirigentes al final de la guerra fría y los nuevos problemas que esta nueva situación mundial plantea.

Sin embargo, al ver el comportamiento de los actores sociales reconocemos respuestas culturales dinámicas y bastante consecuentes con la nueva situación. Tal parece que la sociedad se le ha adelantado a sus dirigentes políticos. Ahora, si eso ocurre así, yo creo que tenemos que repensar no solamente las hipótesis con que hemos manejado nuestra interpretación de la sociedad, sino también nuestras herramientas. Me parece que quizá la teoría social occidental en sus lineamientos más clásicos y modernos tiene una serie de hoyos negros que tienen que sea Gubiertos con nuevas teorizaciones que den cuenta de esos nuevo fenómenos. No basta con apelar a la vuelta a los clásicos, tenemos que producir la teoría consecuente con nuestra época, como clamaba Shakespeare en *El Rey Lear*, Europa ya no puede enseñarnos todo, tenemos la responsabilidad de aprender a redescubrimos.

Adonde voy es a reconocer el hecho de que la transnacionalización redefine las agendas no sólo estatal-nacionales,

sino que redimensiona el poder de lo local, por diferentes conductos que van desde el debilitamiento del estado, el peso de los emigrados en sus comunidades de origen, hasta la articulación de redes o hinterlanda económicos dominados por las empresas transnacionales donde el estado (nacional) tiene poco poder o debe compartirlo. De esa forma se redefinen en la práctica diversas agendas: las tareas de la democratización, el tipo de ciudadanía funcional a la nueva era, y el nuevo poder de las culturas en sus dimensiones locales y nacionales.

De esta suerte el dominicano que vive en New York tiene una realidad distinta evidentemente a la que tenía cuando estaba en República Dominicana, pero no rompe su lazo emocional con ésta. Su lazo cultural con la comunidad de origen muchas veces lo fortalece en la medida en que tiene menos posibilidades de ser él mismo en la comunidad étnica donde opera y vive como migrante. De alguna manera construye una identidad propia de su condición, digamos neoyorquina, en una comunidad étnica por definición excluida. Esto en muchos casos lejos de debilitar termina fortaleciendo valores de su sociedad de origen, precisamente para poderse defender en la sociedad en la que él inevitablemente se tiene que quedar y sabe que no va a abandonar. Esto representa una situación sociocultural interesantísima que tiene repercusiones políticas porque está obligando a dos estados a pensar en una racionalidad política donde los sujetos concretos e individuales ya no van a obedecer simplemente a una lógica que los reduzca a un espacio geopolítico nacional, estatal, determinado. Ese sujeto, como neoyorquino, tiene un interés en que determinados líderes de la ciudad alcancen el poder y al votar por éstos influye en la vida política de los EE.UU. Pero al mismo tiempo ese mismo sujeto mantiene lealtades locales y nacionales con su sociedad de origen e influye así también sobre la política del país de donde procede, en el caso hipotético señalado, en la República Dominicana. En la medida en que la emigración aumenta, o el poder de la comunidad transnacional se multiplica, el

poder político del emigrante se reproduce y crece. Pero hasta ahora nuestros políticos sólo piensan en la emigración como fuente de financiamiento de sus campañas y no como una nueva realidad ciudadana.

—Probablemente sí, pero lo que me estás diciendo es que la política moderna para el Caribe en esta lógica es post-moderna.

No me interesa mucho la adjetivación de este proceso. Lo que sí creo es que la política caribeña es cada vez más global. Con el paso de los años asistiremos a un proceso de globalización política que obligará a los dirigentes nacionales a definir sus estrategias no sólo en función de situaciones y actores nacionales, sino de situaciones y actores regionales, locales y globales, donde lo propiamente nacional en muchos planos quedará subordinado a esas otras situaciones. En este escenario que estoy imaginando, ciudades como New York constituyen algo así como el Petrogrado de la nueva clase trabajadora caribeña en proceso de constitución. Cualquier estrategia de cambio que se diseñe en las islas caribeñas debe reconocer que lo que pase en el centro atraviesa las estructuras internas de la periferia, afectando no sólo a sus actores económicos y políticos dirigentes y dominantes, sino configurando los procesos constitutivos y reproductivos de los actores sociales dominados y dirigidos. De aquí la importancia creciente de lo local, por encima de lo nacional. Lo que digo no es una simple posibilidad, representa un hecho en construcción. Pero la lechuza de Minerva siempre eleva su vuelo al atardecer.

- oOo -